

Sergi Pàmies

La bicicleta estática

Versión del autor



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

La bicicleta estàtica
Quaderns Crema
Barcelona, 2010

La traducción de esta obra ha contado con una subvención del

 institut
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: Studio Rudy Gómez

Primera edición: febrero 2011

© Sergi Pàmies, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7224-8

Depósito Legal: B. 614-2011

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

BENZODIAZEPINA

He quedado conmigo mismo dentro de dos horas. No me conozco personalmente pero hemos hablado mucho por chat y, en una ocasión –para desearnos feliz año 2008–, por teléfono. No me gustó mi voz: ligeramente nasal y con cierta presunción de locutor nocturno. Siento curiosidad por saber si, cara a cara, seremos capaces de mantener las largas conversaciones que solemos compartir de madrugada. En la pantalla del ordenador, el diálogo avanza sin obstáculos, mezclando cuestiones profundas y banales, inventadas y reales, combinando recuerdos y proyectos. No me hago ilusiones: en el ciberespacio abundan las falsedades y los que te hacen creer que son de una manera y, a la hora de la verdad, te decepcionan. Podría pensar lo mismo de mí, por supuesto, pero, desde el

principio, he procurado ser franco, no por rectitud moral sino porque no tengo memoria suficiente para inventarme cosas que me dejarían, seguro, en evidencia. Hemos tardado mucho en dar el paso de vernos. Eso nos ha permitido conocernos de un modo que no suele darse en el universo presencial. En el mundo real, cuando te presentan a alguien casi nunca sabes nada de él y prevalece una primera impresión basada en la mirada, la apariencia y el cóctel neurológico que establece las afinidades y las incompatibilidades. En el chat, en cambio, ocurre justo lo contrario. Primero hablas, te cuentas la vida, aclaras y creas malentendidos, combates los adictivos peligros del vínculo y de la mentira hasta que, un día, uno de los dos propone cruzar la frontera. En este caso fui yo, y yo mismo acepté, encantado y algo sorprendido, porque me había resignado al hábito de coincidir en el ciberespacio sin ninguna obligatoriedad pero con una frecuencia tácita. A veces también me envió mensajes a mí mismo y me los respondo, pero son diálogos excesivamente breves y el teclado del teléfono móvil no me permite extenderme como me gustaría. Ahora, mientras me dirijo hacia la cafetería en la que nos hemos citado, intento contener mi nerviosismo. Igual que cuando he tenido compromisos importantes, me he tomado un comprimido de benzodiazepina. Me ayuda a aplacar la

inquietud y parece que la sangre fluya más despacio por mis venas. No lo he comprobado con una báscula, pero estoy convencido de que soy más ligero y de que, si me tomara dos comprimidos en lugar de uno, incluso podría llegar a volar. No ha hecho falta que nos preguntemos cómo somos. A veces, cuando concertaba una cita con alguien del chat, daba descripciones falsas de mí mismo para poder evaluar al otro a distancia y, casi siempre, acababa marchándome sin manifestarme, ya fuera porque la otra persona me decepcionaba o, por el contrario, para no decepcionarla yo a ella. En la terraza, me sitúo en una mesa desde la cual puedo observar toda la cafetería y espero (dentro de mí, siento el combate encarnizado entre curiosidad y benzodiazepina). Desde lejos, me veo llegar: me reconozco enseguida. Llevo la misma ropa y, en apariencia, tengo las mismas expectativas. La primera mirada es de desconfianza. Nos damos la mano. Rompemos el hielo con banalidades y sonrisas nerviosas. Lentamente, sin embargo, perdemos la batalla contra el silencio. Sin atrevernos a mirarnos, paladeamos el fracaso con la resignación de un rumiante, como si ya estuviéramos echando de menos la locuacidad nocturna y las conversaciones que, ilustradas con el sonido de los dedos recorriendo el teclado, nunca terminaban. Incómodos, no sabemos cómo reaccionar hasta que,

como un solo hombre y activados por la misma vergüenza, nos levantamos y, sin despedirnos, nos marchamos en direcciones opuestas.

CUATRO NOCHES

Mis padres me engendraron una noche de primavera, después de ver *Le notti di Cabiria*, de Federico Fellini. Situémonos: París, 1959. Para poder pasar unas horas juntos, han aparcado a mi hermano con mi tía. Yo no existo ni siquiera como proyecto: mis padres son exiliados políticos, tienen más de cuarenta años, creen que el motor de la historia es la lucha de clases, viven en un estado de provisionalidad permanente, no prevén ampliar la familia y no disponen de un domicilio en el que atender las urgencias amorosas (comparten piso con unos camaradas). Por una noche, unos amigos les ceden un dormitorio en condiciones. La tregua les da tiempo para, además, ir al cine y regresar a la habitación comentando la película que acaban de ver.

Le notti di Cabiria cuenta las aventuras de una prostituta de barrio marginal que, después de deambular por las calles de Roma, conoce a un famoso actor con problemas (acaba de discutir con su novia). El actor, que no soporta estar solo, invita a Cabiria a su mansión. Charlan, beben, cenan, se ríen, hasta que, de madrugada y sin avisar, la novia vuelve para reconciliarse. Como si actuara en un vodevil, la prostituta hace todo lo que le ordena el actor: esconderse y esperar a que salga el sol hasta que el famoso le dé dinero para que, sin hacer ruido, regrese a las esquinas y a los sueños de una vida mejor. Otra noche, Cabiria conoce a un hombre que, a diferencia de sus clientes habituales, la trata con amabilidad y educación y que, después de unas cuantas citas, le pide matrimonio. Hipnotizada por el amor, ella confía en él, vende su casa, reúne todos sus ahorros, deja el viejo barrio —y el oficio más viejo todavía— pero, en el transcurso de una excursión por un bosque de las afueras, descubre que el príncipe azul es, en realidad, un estafador: la maltrata, la insulta y, por la fuerza, le roba todo su dinero. Abandonada, Cabiria llora amargamente y el blanco y negro de la película refuerza la fotogenia de la desesperación. Pese a que parece hundida, consigue levantarse y echarse a andar, sin rumbo, activada por la inercia de los supervivientes. La vemos avanzar por el bosque

hasta que, al llegar a la carretera, se cruza con un grupo de jóvenes que regresan de una fiesta. La saludan, cantan, tocan los cláxones de las motocicletas y, aunque el espectador sabe que ella está llorando, también intuye que la vitalidad y la alegría de aquellos jóvenes la reconfortan. Con el rímel corrido, Cabiria mira a cámara y sonríe hasta que, justo después de un fundido a negro, aparece la palabra *Fine*.

El personaje de Cabiria estaba interpretado por Giulietta Masina, esposa de Federico Fellini, que ganó el premio a la mejor actriz en el festival de Cannes de 1957. Dos años más tarde, en París, la película aún se proyectaba en alguna sala que me gusta imaginar medio vacía, con manchas de humedad en el techo y una taquillera fumadora con un pasado anónimamente heroico relacionado con la resistencia. He visto la película muchas veces y no he sabido detectar nada que haga presagiar, ni siquiera remotamente, mi destino. El azar lo quiso así, como hubiera podido decidir que, antes de concebirme, mis padres hubieran cenado en un restaurante tailandés.

Después de enterarme de que había sido engendrado bajo la influencia de *Le notti di Cabiria*, convertí a Fellini en mi director de cabecera (más aún cuando mi madre me contó que, si hubiera sido niña, me habrían llamado Cabiria). Vi todas

sus películas y, aunque muchas son más brillantes y están más logradas, es la única que conservo (como conservo la anécdota que contaba el poeta Evtushenko: en un viaje a Groenlandia, en una de esas noches blancas que duran casi seis meses, el poeta vio cómo, sobre la vela de una embarcación ballenera, en medio de la nada, un esquimal proyectaba la película de la prostituta romana, y cómo todos los espectadores se emocionaban y se reían).

Pasaron los años, hasta que, como consecuencia de una carambola de azares premeditadamente fortuitos, una revista me ofreció escribir reportajes, a medias con un amigo. Accedimos porque entonces aceptábamos cualquier cosa y le propusimos al director del semanario un artículo sobre la crisis de los estudios de Cinecittà. Quizá porque nuestra impostura disimulaba la del director, nos dijo que sí y nos proporcionó dos billetes de avión a Roma. Tuvimos que hacernos cargo del alojamiento y, para no gastar demasiado, lo solucionamos durmiendo en casa de los conocidos de unos amigos, en una habitación con vistas a una vía ferroviaria por la que desfilaban interminables convoyes de mercancías. Llegamos a Cinecittà en metro. El halo de los estudios de la Via Tuscolana estaba presente en los decorados, calculadamente abandonados para saciar la mitomanía de los cinéfilos o entrete-

ner a los grupos de escolares obligados a visitarlos. Nos recibió el director, que enseguida nos contó que, en realidad, sólo era el director suplente. Hablamos un poco de la historia —de Mussolini para arriba—, nos ofreció unos prospectos y miró el reloj antes de decirnos que tenía que irse porque llegaba tarde a una reunión importante. Salimos del despacho y dimos una vuelta por los estudios. Visitamos almacenes, hangares con decorados a medio terminar, platos cubiertos de polvo. Finalmente, entramos en la cantina de los trabajadores del recinto y pedimos un par de cervezas. A unos metros de distancia, participando en una acalorada tertulia sobre fútbol, vimos al director en plena reunión importante. Nadie parecía tener prisa. Carpinteros, electricistas, pintores, chóferes, iluminadores, limpiadoras, todos esperaban la llegada de algún genio que revitalizara los estudios y los sacara de la crisis. Pero sólo entramos nosotros, vulgares aprendices en la escala natural de la impostura neorrealista. Nos quedamos allí durante un rato y pensé que, de un modo indirecto, Fellini era un poco como mi padre, que aquellos estudios eran su casa y, por consiguiente, también la mía. Contagiado por la monumentalidad decadente que me rodeaba, levanté mi cerveza y brindé, no a la salud del director suplente, pero sí a la de Cinecittà, a la de mis padres (entonces no podía prever que tanto Fellini

como mi padre acabarían en una silla de ruedas, recibiendo en el hospital a amigos, camaradas y familiares a los que ya no podían reconocer, intentando traducir con palabras cada vez menos inteligibles los últimos pensamientos de una vida pletórica). Y, por último, a la salud de Cabiria, deambulando por las calles de una Roma en blanco y negro, luchando para que ningún estafador le robe ni los sueños ni los ahorros.